

y por añadidura, el privilegio divino de ser incomprendibles. ¡Y éstos se ponen á filosofar! ¡Temo que comprendan un día que se han engañado y que lo que quieren es una religión!

545. *¡Pero si no os creemos!* — ¡Queréis daros por conocedores de los hombres, pero no os escaparéis! ¡Si sabemos que os figuráis ser más experimentados, más profundas, más perspicaces de lo que sois! Lo adivinamos de la misma manera que advertimos la presunción de ese pintor con sólo ver la manera que tiene de manejar el pincel; lo mismo que la adivinamos en ese músico en la manera de introducir su tema, queriendo darle por superior á lo que es. ¿Habéis vivido *historia* en el fondo de vosotros mismos, conmociones y sacudidas, amplias y vastas tristezas, exhalaciones de alegría? ¿Os habéis sentido insensatos con los grandes locos y los pequeños? ¿Habéis sentido verdaderamente la ilusión y el dolor de los buenos? ¿Habéis sentido también el dolor y la especie de felicidad de los malos? Si es así, habládme de moral; si no, no.

546. *¡Esclavo ó idealista!* — El hombre de Epicteto no sería del agrado de los que ahora aspiran al ideal. La tensión continua de su ser, la mirada infatigable vuelta á lo interior; lo que esa mirada tiene de firme, de prudente, de reservada, cuando se vuelve hacia el mundo exterior; los silencios y las palabras breves son señales del más severo valor. ¡Cuánto no costarían á nuestros idealistas, ansiosos de expansión ante todo! Mas, con eso y todo, el hombre de Epicteto no es fanático, aborrece la ostentación y la jactancia de nuestros idealistas; por grande que sea su orgullo, no quie-

re molestar á los demás, admite cierta benévola aproximación y no quiere turbar el buen humor de nadie; hasta sabe sonreír. Hay en este ideal mucha humanidad antigua. Pero lo más bello que tiene es que falta totalmente el temor de Dios, que cree seriamente en la razón, que no exhorta á la penitencia. Epicteto era un esclavo; su hombre ideal no tiene casta y es posible en todas las posiciones sociales; pero donde hay que buscarle, ante todo, es en las capas bajas y profundas, donde será el hombre silencioso que se basta á sí mismo, en medio de la servidumbre general; que está continuamente en estado de defensa, para prevenirse contra lo exterior y conservar el valor más esforzado. Se distingue principalmente del cristiano, en que éste vive con la esperanza de inefables felicidades, recibe presentes, espera y acepta lo mejor de la gracia y del amor divino, mientras que Epicteto nada espera, y no deja que le ofrezcan lo mejor, pues lo posee ya, lo tiene valerosamente cogido con las manos y lo defendería contra el mundo entero que quisiera quitárselo. El cristianismo estaba hecho para otra clase de esclavos antiguos: para los débiles de voluntad y de razón; es decir, para la gran masa de los esclavos.

547. *Los tiranos del espíritu.* — La marcha de la ciencia no se ve ya paralizada á cada paso, como sucedió durante largo tiempo, por el hecho sencillo de que llegue el hombre á la edad aproximada de setenta años. En otro tiempo se quería llegar al final del conocimiento durante ese espacio de tiempo, y se apreciaban los méritos del saber con arreglo á ese deseo universal. Las cuestiones menudas y los experimentos especiales eran mirados como cosa despreciable; se creía que, puesto que todo parecía organizado en este

mundo en consideración al hombre, la perceptibilidad de las cosas tenía que estar arreglada también á una medida humana del tiempo. Resolverlo todo de la vez, con una sola palabra, era el deseo secreto; se representaban los hombres los problemas como nudos gordianos ó huevos de Colón; estaban persuadidos de que era posible en la esfera del conocimiento llegar al fin, al modo de Alejandro ó de Cristóbal Colón, y dilucidar todas las cuestiones con una sola respuesta. «Hay un enigma que resolver.» Así se presentaba la vida ante los ojos del filósofo; era menester, en primer lugar, hallar el enigma y condensar el problema del mundo en la fórmula más sencilla. La ambición sin límites y el goce de ser el descifrador del mundo, llenaba los ensueños del pensador; le parecía que nada valía la pena en este mundo más que encontrar el medio de conducirlo todo al fin apetecido por él. La filosofía era así una especie de suprema batalla para implantar la tiranía del espíritu. Nadie dudaba que ésta estuviese reservada á alguien muy afortunado, muy sagaz, muy ingenioso, muy bravo, muy poderoso; ¡á uno solo! Y ha habido muchos, Schopenhauer ha sido el último, que han creído que ellos eran este hombre excepcional y único. De ahí resulta que la ciencia se ha quedado hasta ahora rezagada á consecuencia de la estrechez moral de sus discípulos, y que hay que librarse de ese peligro con una idea directiva más elevada y más generosa. ¡Qué importo yo! Este será el rótulo escrito en la puerta de los pensadores futuros.

548. *La victoria sobre la fuerza.*— Si se considera todo lo que ha sido venerado hasta ahora bajo el nombre de «espíritu sobrehumano» ó de genio, se llega á la triste conclusión de que, en conjunto, la intelectua-

lidad humana ha debido de ser muy baja y muy pobre, cuando un poco de talento bastaba para sentirse tan superior á ella. ¿Qué es la fácil gloria del genio? ¡Se alcanza tan pronto su trono! ¡La adoración que se le tributa se ha convertido en una costumbre! Se adora siempre la fuerza de rodillas — según la antigua costumbre de los esclavos—, y, sin embargo, cuando hay que determinar el grado en que es venerable una cosa, lo único que puede determinarlo es el grado de razón contenido en la fuerza: hay que calcular en qué medida ha sido sobrepujada la fuerza por algo superior, por algo á lo cual obedece desde entonces como instrumento y como medio. Mas, para hacer semejante cálculo, tenemos todavía poca vista, y algunos llegan á considerar como una blasfemia la evaluación del genio. A esto se debe el que lo más bello que hay en el genio quede casi siempre en la oscuridad, y, apenas nacido, se hunda en la noche eterna: me refiero al espectáculo de esa fuerza que emplea el genio, no en la creación de sus obras, sino en el desenvolvimiento de sí mismo, como obra, es decir, en el dominio de sí mismo, en la purificación de su fantasía, en el orden y en la elección de las inspiraciones y en las tareas que sobrevengan. El gran hombre permanece invisible siempre, como una estrella lejana, en lo que tiene de más grande y de más admirable: su victoria sobre la fuerza no tiene testigos, y, por consiguiente, no es glorificada ni cantada. La jerarquía en la grandeza de la humanidad pasada no se ha determinado aún.

549. *Huir delante de sí mismo.*— Los hombres de las luchas intelectuales, que son impacientes consigo mismos y sombríos como Byron ó Alfredo de Musset, y que en todo lo que hacen parecen caballos desboca-

dos; esos hombres que no encuentran en su propia obra más que una corta satisfacción y un fuego que casi hace estallar las venas, y en seguida la fría esterilidad y el desencanto, ¿cómo soportarían el profundizar en sí mismos? Tienen ansia de disolverse en algo diferente de su yo; si el que siente esa sed es cristiano, querrá anonadarse en Dios é identificarse con él; si es Shakespeare, se contentará confundirse en las imágenes de la vida pasional; si Byron, estará sediento de *actos*, porque éstos nos apartan de nosotros mismos más que los pensamientos, los sentimientos y las obras. ¿Será, pues, en el fondo, la necesidad de la acción equivalente á la necesidad de huir de nosotros mismos? Eso preguntaría Pascal. Y efectivamente, los más nobles representantes de la necesidad de la acción confirmarán esta hipótesis. Bastaría considerar, por de contado, con la ciencia y la experiencia de un alienista, que los cuatro hombres más sedientos de acción de todas las épocas fueron epilépticos (me refiero á Alejandro, César, Mahoma y Napoleón). También lo fué Byron, que padecía la misma enfermedad.

550. *Conocimiento y belleza.*—Si los hombres reservan siempre su veneración y su sentimiento de deleite para las obras de la imaginación y de la idea, no es extraño que experimenten frialdad y disgusto ante lo contrario á la imaginación y á la idea. El encanto que nos produce el menor paso hacia adelante, seguro y definitivo, que da el conocimiento desde el punto á que ha llegado actualmente la ciencia, es un sentimiento frecuente y casi universal. Pero por el momento no la experimentan aquellos que se han acostumbrado á no ser transportados más que aban-

donando la realidad, dando un salto en las profundidades de la apariencia. Creen éstos que la realidad es fea y no advierten que el conocimiento de la realidad más fea es, sin embargo, bello, y que el que conoce con frecuencia y mucho, acaba por hallarse muy distante de encontrar feo el conjunto de la realidad que tanto placer le proporciona. ¿Hay algo que sea bello en sí? El placer de los que conocen aumenta la belleza del mundo y solea todo lo que existe. El conocimiento no sólo envuelve las cosas en su belleza, sino que también introduce su belleza, de un modo duradero, en las cosas. ¡Que la humanidad de lo porvenir sea testigo de esta afirmación! Entre tanto, acordémonos de un antiguo experimento: dos hombres, tan radicalmente diferentes como Platón y Aristóteles, coincidieron en la manera de apreciar lo que constituía la felicidad suprema, no sólo para ellos y para la generalidad de los hombres, sino la felicidad en sí misma, hasta para los dioses de las mismas beatitudes. Veían ambos la felicidad en el conocimiento, en la actividad de la razón, ejercitada en descubrir y en invitar (y de ninguna manera en la *instrucción*, como dicen los teólogos y semi-teólogos alemanes, ni en la visión, como quieren los místicos, ni menos en las obras, en el trabajo, como entienden los prácticos.) Descartes y Spinoza sostienen el mismo parecer; ¡cómo han debido de gozar todos del conocimiento! ¡Y qué peligro para la lealtad había en que se volvieran panegiristas de las cosas!

551. *Virtudes de lo porvenir.*—¿En qué consiste que á medida que el mundo se ha vuelto inteligible ha ido disminuyendo su solemnidad? Ha sido porque el temor fué, con frecuencia, el elemento fundamental de

esa veneración que se apoderaba de nosotros delante de todo lo que nos parecía desconocido, misterioso y que nos hacía arrodillarnos y pedir perdón delante de lo incomprensible. ¿Había perdido el mundo parte de su encanto, por el hecho de habernos vuelto menos miedosos? Y al mismo tiempo que nuestra predisposición al miedo, ¿no habrán menguado nuestra propia dignidad, nuestra solemnidad, nuestro *carácter imponente*? Acaso estimamos menos el mundo y nos estimamos menos á nosotros mismos desde que tenemos acerca de él y acerca de nosotros ideas más valerosas. ¿Llegará acaso un momento en lo porvenir, en que el valor del pensador haya crecido tanto que tendrá el orgullo supremo de sentirse colocado por encima de los hombres y de las cosas? Siendo el sabio el más valeroso, ¿se verá á sí mismo y á la existencia entera á sus pies? Esta clase de valor que no está muy distante de una excesiva generosidad, le ha faltado hasta ahora á la humanidad. ¡Ah! Porque no querrán los poetas volver á ser lo que acaso fueron en otros tiempos: visionarios que nos decían *algo* de lo *posible*. Ahora que se les ha quitado de las manos (y cada día hay que hacerlo más) lo real y lo pasado—pues la época de las inocentes falsificaciones de la Edad Media ha terminado—deberían decirnos algo tocante á las virtudes del porvenir, á las virtudes que acaso no existirá nunca en la tierra, aunque puedan residir en cualquier paraje del mundo, á las constelaciones purpurinas y á las grandes vías lácteas de lo bello. ¿Dónde estáis, astrónomos del ideal?

552. *El egoísmo idealista.*—¿Hay un estado más sagrado que el de la preñez? Hacer todo lo que se hace con la convicción íntima de que de un modo ó de

otro aprovechará al ser que se lleva en el vientre en estado de *devenir*; que esto aumentará su valor secreto, en que se piensa con el encanto del misterio que la madre lleva en sí. Entonces se evitan muchas cosas sin que cueste trabajo el vencerse. Se ahoga una palabra violenta, se tiende una mano conciliadora: el niño debe nacer de lo mejor y de lo más tierno. Nos espantamos de nuestra violencia y de nuestra brusquedad como si sirvieran al caro ser desconocido, una gota de desgracia en el vaso de su vida. Todo está velado, lleno de presentimientos, no se sabe lo que está pasando, se espera y se procura estar despierto. Durante este tiempo un sentimiento puro y purificador de profunda irresponsabilidad domina el ánimo, un sentimiento semejante al del espectador ante el telón aún no levantado. *Aquello* crece, *aquello* viene al mundo y no tenemos nada en las manos con que determinar su valor ni la hora de su venida. Estamos reducidos completamente á las influencias indirectas, bienhechoras y defensivas. Hay allí algo que crece, algo que es más grande que nosotros. Tal es nuestra secreta esperanza, lo preparamos todo con la mira puesta en su nacimiento y en su prosperidad; y no sólo lo útil, sino también lo superfluo, los reconfortantes y las coronas de nuestra alma. ¡Hay que vivir con ese fuego sagrado! ¡Se puede vivir así! Y cuando estamos en espera de un pensamiento ó de un acto, aguardando la realización de algo esencial, nos es forzoso conducirnos como las mujeres en la preñez y deberíamos aventar los pretenciosos discursos que hablan del *querer* y de la *creación*. El verdadero egoísmo idealista consiste en tener cuidados continuos, en velar y en mantener el alma en reposo para que nuestra fecundidad libre con toda felicidad. Así, velamos y

nos tomamos cuidados, indirectamente por el bien de todos y el estado de ánimo en que nos hallamos; estado de ánimo orgulloso y dulce, es un bálsamo que se difunde á lo lejos alrededor de nosotros, llegando hasta á las almas inquietas.

Pero las mujeres embarazadas son antojadizas. Tengamos antojos como ellas y no reprendamos á los demás el que los tengan en semejantes circunstancias. Hasta cuando ese fenómeno se torne grave y peligroso, conservemos nuestra veneración hacia todo lo que se encuentra en estado de *devenir*, y no seamos peores que la justicia humana, que no permite al juez ni al verdugo tocar una mujer embarazada.

553. *Con rodeos.*—¿A dónde quiere ir á parar esa filosofía con sus rodeos? ¿Hace algo más que transformar en razón, en cierto sentido, un instinto constante y vigoroso que pide un sol benéfico, una atmósfera luminosa, plantas meridionales, aire del mar, una alimentación compuesta de carnes, huevos y frutos, agua pura para las bebidas, paseos silenciosos durante días enteros, conversación poco frecuente, pocas lecturas hechas con precaución, una habitación solitaria, hábitos de limpieza sencillos y casi militares, en una palabra, todas las cosas que más se amoldan á mi gusto personal y que son las más saludables para mí? Una filosofía ¿será, en el fondo, el instinto de un régimen personal? ¿Un instinto que busca mi atmósfera, mi actitud, mi temperatura, la salud que he menester por el rodeo de mi cerebro? Hay muchas otras sublimidades de la filosofía y también hay muchas sublimidades más altas. No todas son más sombrías y más exigentes que la mía, y ¿no serán también todas ellas rodeos intelectuales hacia instintos personales se-

mejantes? Mientras medito así, miro con ojos nuevos el vuelo solitario y misterioso de una mariposa, en lo alto, á la orilla del lago, donde se cruzan tantas plantas; la mariposa vuela de aquí para allá sin cuidarse de que su vida no durará más que un día y de que la noche será demasiado fría para su fragilidad alada. También sería posible hallar una filosofía á propósito para esa mariposa, aunque me parece difícil que sirviera la mía.

554. *Un paso hacia adelante.*—Cuando se alaba el progreso, lo que se alaba es el movimiento, y los que no nos dejan permanecer en el mismo sitio hacen ya mucho con eso, en determinados casos, en particular, cuando se vive entre los egipcios. En la movil Europa, en que el movimiento, como se dice, «anda solo»—¡ay! si pudiéramos entenderlo—alabo el paso hacia adelante y á los que caminan delante, es decir, á los que se dejan atrás á sí mismos continuamente y no piensan siquiera en mirar si alguien puede seguirlos. «Dondequiera que paro, me encuentro solo; ¿por qué me he de parar? El desierto es grande», tal es el sentir de estos hombres que van en la descubierta.

555. *Los más vulgares bastan.*—Es menester evitar los acontecimientos cuando se sabe que los más vulgares dejan en nosotros una huella profunda, y que de éstos no podemos librarnos. El pensador debe tener un canon aproximado de todas las cosas que *quiera vivir* todavía.

556. *Las cuatro virtudes.*—Leal con nosotros mismos y con los que aún son nuestros amigos; valiente

frente al enemigo; *generoso* con el vencido; *cortés* siempre; así quieren que seamos las cuatro virtudes cardinales.

557. *Marchando hacia el enemigo.*—¡Qué bien suenan la mala música y las malas razones cuando se marcha contra el enemigo!

558. *Tampoco hay que ocultar las virtudes.*—Me gustan los hombres que son como el agua transparente y que, como dice Pope, «dejan ver las impurezas que hay en el fondo de su linfa». Pero hasta ellos tienen todavía una vanidad, aunque de especie rara y sublime; algunos de ellos quieren que no se vean más que las impurezas y que no se considere la transparencia del agua que hace posible verlas. Budha mismo imaginó la vanidad de este corto número al decir: «Dejad ver vuestros pecados al mundo, y ocultad las virtudes.» Esto es, dar al mundo un feo espectáculo, es un pecado contra el buen gusto.

559. *Nada con demasia.*—¡Cuántas veces se aconseja á un individuo proponerse un fin que no puede alcanzar, que es superior á sus fuerzas, para que al menos consiga lo que pueden dar de sí esas fuerzas á la *más alta* presión! Pero esto, ¿es verdaderamente tan apetecible? Los mejores hombres que viven guiándose por este principio y los mejores actos, ¿no adquieren algo de exagerado y de retorcido por haber en ellos demasiada tensión? ¿No se extiende por el mundo un velo sombrío de fracaso por verse dondequiera atletas luchando, ademanes violentos, y en ninguna parte el vencedor coronado y alegre por su victoria?

560. *Lo que está á nuestro alcance.*—Podemos proceder con nuestros instintos como un jardinero y—lo que pocos saben—cultivar los gérmenes de la ira, de la compasión, de la sutileza, de la vanidad, de manera que se hagan tan fecundos y productivos como un hermoso frutal espalderado; se puede hacer esto con el buen ó el mal gusto de un jardinero, y en cierto modo, á estilo francés, ó inglés, ú holandés ó chino; también se puede dejar en libertad á la naturaleza y cuidar solamente de que haya un poco de limpieza y de orden; y, por último, se puede, sin ciencia alguna ni razón directora, dejar crecer las plantas con sus ventajas y sus obstáculos naturales, entregándolas á la lucha que entre sí sostienen; hasta se puede tener afición á este caos y perseguir el placer que proporciona, á pesar del aburrimiento que hay que vencer. Todo esto está á nuestro alcance, pero ¿cuántos saben que está á nuestro alcance? ¿No se consideran á sí mismos casi todos los hombres como hechos consumados, que han llegado á la madurez? ¿No ha habido grandes filósofos que han puesto su sello á esta preocupación, al abrazar la doctrina de la inmutabilidad del carácter?

561. *Alumbrar la felicidad.*—Los pintores no consiguen reproducir por ningún medio el tono profundo y luminoso del cielo, tal como existe en la naturaleza. Por consiguiente, se ven obligados á usar en todos los colores de que han menester para pintar un paisaje, de algunos matices más suaves y más bajos que los que muestra la realidad. Así es como consiguen alcanzar, por medio de los artificios de la paleta, una semejanza en el brillo y una armonía de tonos que corresponde con la de la naturaleza. De igual modo, es menester que

los poetas y los filósofos, para quienes el brillo resplandeciente de la felicidad es inasequible, salgan del paso imitándola. Dando á todas las cosas un colorido algo más sombrío que el que verdaderamente tienen, la luz de que ellos pueden disponer, produce casi el efecto de resplandor solar y se asemeja á la luz de la plena felicidad.

El pesimista que da á todas las cosas los colores más oscuros, más sombríos, se vale de llamas y de relámpagos, de auroras boreales y de todo aquello que posee una fuerza luminosa muy viva y hace que vacilen los ojos; la claridad le sirve para aumentar el horror de las cosas y para presentarlas más horribles de lo que son en realidad.

562. *Los sedentarios y los hombres libres.*—Únicamente en los infiernos es donde se nos muestra alguna parte del fondo sombrío que hay detrás de esa beatitud de los aventureros que rodea á Ulises y á los que se le asemejan de un resplandor eterno; y esa parte del fondo sombrío que vislumbramos no se olvida jamás. ¡La madre de Ulises muere de pena y de deseo de ver á su hijo! El uno vaga de un lugar á otro, y esto es lo que hace estallar el corazón de la otra, del ser cariñoso y sedentario. ¡La aflicción oprime el corazón de los que ven abandonar las ideas y la fe del pasado á aquellos á quienes más aman, y todo esto forma parte de la tragedia que crean los espíritus libres, de esa tragedia de la cual tienen éstos alguna vez conocimiento! Entonces se ven obligados á descender á la región de los muertos para consolarles y para tranquilizar su cariño.

563. *La ilusión del orden moral.*—No hay necesi-

dad eterna que exija que toda culpa sea expiada y pagada—creer en esta necesidad fué una terrible ilusión, de utilidad discutible—y asimismo es una ilusión pensar que todo lo que es considerado como falta, lo es en realidad. No son las cosas las que han perturbado de tal modo á los hombres, sino las opiniones que se han formado de cosas *que en realidad no existen.*

564. *Lindando con la experiencia.*—Hasta los grandes ingenios no tienen más que una experiencia de cinco dedos de anchura; en cuanto se pasa de ahí, cesa la reflexión y empieza el vacío indefinido de la tontería.

565. *La gravedad aliada de la ignorancia.*—Al tratar de todo aquello que comprendemos, resultamos amables, felices, inventivos, y en todo lo que hemos aprendido suficientemente, en todo aquello á lo cual nos hemos hecho los ojos y los oídos, nuestro espíritu, muestra agilidad y gracia. Pero comprendemos pocas cosas y estamos muy mal informados, de manera que rara vez acontece que abarquemos una cosa en conjunto y que al mismo tiempo nos hagamos amables. Rígidos é insensibles, por lo general, atravesamos la ciudad, la naturaleza y la historia y nos enorgullecimos de esa actitud y esa frialdad, como si fueran consecuencia de una superioridad. Nuestra ignorancia y nuestro poco deseo de saber, saben disfrazarse á maravilla con la careta de la dignidad y del carácter.

566. *Vivir con economía.*—La manera de vivir más barata y más libre de cuidados es la del pensador, pues para decir sin dilaciones lo importante, es

él quien necesita de las cosas que los demás desprecian y abandonan. Además se satisface fácilmente y no conoce los caminos costosos por donde otros se dirigen al placer; su trabajo no es duro, sino, en cierto sentido, meridional; no amarga el remordimiento sus días ni sus noches; se mueve, come, bebe y duerme en la medida que conviene á su espíritu, para que éste se vuelva cada día más tranquilo, más fuerte y más claro; su cuerpo le regocija y no tiene motivos para temerle; no necesita de la sociedad, á no ser de vez en cuando, para volver en seguida con más vivo amor á la soledad; los muertos le indemnizan de los vivos y hasta encuentra con quien reemplazar á los amigos, evocando de entre los muertos á los mejores que han vivido en el mundo. Véase si no son los deseos y las costumbres contrarias los que hacen onerosa la vida de los hombres, y por lo mismo la hacen también penosa é insoportable á veces. Pero en otro sentido, la vida del pensador es la más costosa; nada es bastante bueno para él, y verse privado de lo mejor, sería para el pensador una privación insoportable.

567. *En la guerra como en la guerra.*—«Hay que tomar las cosas más alegremente de lo que ellas merecen, principalmente porque las hemos tomado en serio mucho más tiempo del que ellas merecen.»

568. *Poeta y ave.*—El ave fénix muestra al poeta un rollo encendido que se está carbonizando: «No te asustes, le dice, está abrasado. No responde el espíritu de la época y menos aún el espíritu de los que van con la época; por consiguiente, debe ser quemada. Pero esto es buena señal. Hay muchas clases de auroras.»

569. *A los solitarios.*—Si no respetamos el honor de las demás personas lo mismo en público que en nuestros soliloquios, no son hombres honrados.

570. *Pérdidas.*—Ciertas pérdidas comunican al alma una sublimidad que la hace abstenerse de toda queja y caminar en silencio, semejante á los altos cipreses negros.

571. *Farmacia militar del alma.*—¿Cuál es el medicamento más eficaz? La victoria.

572. *La vida debe tranquilizarnos.*—Si, como les sucede á los pensadores, se vive habitualmente en una gran corriente de ideas y de sentimientos y hasta nuestros ensueños nocturnos siguen esta corriente, se pide á la vida calma y silencio, mientras que otros quieren precisamente descansar de la vida cuando se entregan á la meditación.

573. *Mudar la piel.*—La serpiente perece cuando no puede mudar la piel. De igual modo los espíritus á quienes se impide mudar de opiniones dejan de ser espíritus.

574. *No olvidarlo.*—Cuanto más nos elevamos, más pequeños parecemos á los que no saben volar.

575. *Nosotros los aeronautas del espíritu.*—Todos esos pájaros atrevidos que vuelan hacia espacios lejanos, siempre lejanos, llegará momento en que no podrán ya ir más lejos y tendrán que posarse en un poste ó en un pelado arrecife, dándose por felices con hallar ese miserable asilo. ¿Pero hemos de deducir de

ahí que no queda delante de ellos un espacio libre y sin fin y que han volado todo lo lejos que se puede volar?

Sin embargo, todos nuestros grandes iniciadores y todos nuestros precursores han acabado por detenerse, y cuando la fatiga se detiene no toma actitudes nobles y graciosas. Lo mismo nos sucederá á ti y á mí. *¡Otros pájaros volaron más lejos!* Este pensamiento, esta fe que nos anima, toma vuelo, rivaliza con ellos, vuela cada vez más á lo lejos y más alto, se eleva derechamente por los aires encima de nuestras cabezas y de la impotencia de nuestras cabezas, y desde lo alto del cielo ve en las lejanías del espacio bandadas de pájaros mucho más aligeros que nosotros, que se lanzaron en la dirección en que nosotros nos lanzamos y en que todo es mar, nada más que mar, mar y mar. ¿Dónde queremos ir? ¿Queremos atravesar el mar? ¿A dónde nos arrastra esa pasión potente que á toda otra pasión se sobrepone? ¿A qué ese desesperado vuelo en tal dirección, hacia el punto en que hasta ahora todos los soles declinaron y se extinguieron? Se dirá acaso algún día de nosotros que navegando siempre hacia el Oeste esperamos también llegar á unas Indias desconocidas, pero que nuestro destino era naufragar en lo infinito. O bien, hermanos, ó bien se dirá...

FIN

ÍNDICE

| | Págs. |
|----------------|-------|
| PRÓLOGO..... | 1 |
| Libro I..... | 9 |
| Libro II..... | 83 |
| Libro III..... | 138 |
| Libro IV..... | 189 |
| Libro V..... | 253 |